

STAR CRAFT

HEART OF THE SWARM



Los Combatientes VCE

Por Kal-El Bogdanove

Bill "Pearly" Bousquette sentía esa comezón en la nuca que le aparecía cada tanto desde su primera semana de servicio en la guerra anterior. Se había criado en Choss, una roca insignificante que en las guías turísticas figuraba con el frívolo nombre de "Luna Atacama", por su clima desértico extremo. Pearly había pasado sus primeros años de juventud trabajando en ese clima. Planificaba las elegantes ciudades al borde de los acantilados a las que hombres más adinerados que él llevaban a sus familias y sus amantes para disfrutar del sol y del clima seco, para curarse del estrés y la palidez, y disfrutar de los millones de créditos que costaba.

La vida al aire libre en Choss le había dejado a Pearly una nuca curtida, tostada y seca como el cuero. Prefería esa vida aunque trabajara como un perro y las partes de su cuerpo no expuestas al sol y al viento se bañasen en sudor. Cuando estaba de servicio, la mitad del tiempo lo metían en una gran armadura de lata y luego debía volar por ahí metido en otra lata más grande, lejos de la luz y el aire. El arnés del articulador del vehículo de construcción espacial T-280 hacía que la nuca de Pearly se llenase de sudor. Y, sin poder secarse con el sol y el viento, la nuca transpirada le picaba terriblemente al final de cada día de trabajo. A Pearly le parecía que le picaba más cuando estaba exasperado, y en este momento, mientras observaba a sus hombres que se reunían alrededor de la pantalla protestando a los gritos, le picaba muchísimo.

—¡Olvídense de las superficies! ¿Cómo carajo se supone que construyamos esta maldita cosa, en primer lugar? ¿Un conector de puentes plegables que pueda soportar parejas de tanques de asedio para cruzar un hueco de 250 metros, pero lo suficientemente liviano

para meterlo en una nave de evacuación con un complemento completo de armas? ¡Es imposible!

El que habló fue Vigo Czark, al que algunos llamaban el "Atún". Allá afuera, Czark había sido un experto operador de grúas para las flotas de pescadores de Turaxis II, y ahora en el espacio su fatalismo le impedía hacer otro trabajo. Chewitel "Choosey" Wsoro (un hombre de pocas pulgas, elegido especialmente ante las mismísimas narices del Consorcio de Minería de la Confederación) sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—En tu lugar, hermano, lo que me preocuparía es que Raynor empiece a ordenar misiones en las que nosotros tengamos que manejar esas maquinitas de a dos sobre un agujero de 250 metros.

Pearly dejó que los VeCeEs se quejasen mientras los contemplaba y analizaba el problema. Los hombres que lo rodeaban no eran precisamente jóvenes: de hecho, el más joven ya tenía canas en la barba. Raynor había intentado asignarle pilotos jóvenes cuando comenzó a formar esta unidad de locura. Le había enviado a los mejores y más brillantes graduados de la Universidad Central de Umoja (al menos ,después del Dominio, los umojanos y la Coalición habían reclutado a los mejores). Todos estaban llenos de conocimientos teóricos, pero ninguno había construido más que maquetas.

Además, eran tan tiernos que casi todos soltaron los soldados y salieron corriendo ante la primera señal de disparos, y eso no le servía a esta unidad. Los Rebeldes de Raynor eran

insurrectos que trataban de pelear contra todo el maldito Dominio con la centésima parte de los recursos del enemigo. Tenían pocos hombres, pocas armas y poco tiempo, pero de todas formas Jim Raynor había logrado alcanzar más victorias que derrotas.

Con tantos factores en contra, Raynor necesitaba un grupo de VeCeÉs que pudiesen soportar el calor, concentrarse en resolver los más difíciles problemas de ingeniería, incluso bajo fuego, y usar sus armas para defender su trabajo si fuese necesario. Para liderar a semejante grupo de locos, Raynor había reclutado a Pearly, un hombre al que había visto terminar la soldadura en un demonio mientras la parte trasera de su T-280 recibía disparos cruzados. Cuando Pearly le dijo que ninguno de los hombres que le había asignado servía para la tarea, Raynor tuvo la paciencia suficiente para dejar que los despidiera a todos y volviese a reclutar a toda su tropa.

Y vaya si reclutó. Lo que Pearly necesitaba era un grupo de especialistas de verdad, expertos con la dureza de un pedazo de pan en una ración de guerra. Necesitaba hombres con fuerza, inteligencia y sentido común. Necesitaba treinta hombres como él mismo, y se había lanzado a buscarlos. Había buscado en puertos y obras en construcción (y una cantidad considerable de bares) en todo el sector, seleccionando a todo tipo de profesionales, desde ingenieros diplomados, como él, hasta plomeros sin título que se habían formado con la experiencia, y que eran tan buenos que podían hacer que el agua circulase cuesta arriba.

Todos superaban el promedio de edad de los marines, y dos de cada tres ya habían sido llevados de Pho-Rekh a Aiur en la vieja guerra. Por eso, entre los marines, existía una broma muy conocida: "Sé amable con un VeCeÉ, que puede ser tu papá". Todos se habían reído mucho de esta broma hasta que vieron cómo los VeCeÉs construían un centro de mando y seis búnkeres mientras el resto de los Rebeldes se ocultaban de la lluvia de disparos de dos banshees. De pronto, la idea de que los pilotos VeCeÉs eran solo un puñado de viejos mediocres con malos modales ya no pareció importar tanto. Había una sola verdad: esos tipos eran capaces de construir una fortaleza de hielo en el infierno mientras el Diablo en persona les escupía fuego.

Quizás era por eso que, al oírlos refunfuñar como viejas de Pridewater, Pearly sentía que la nuca le estallaba por el escozor. Sabía que si estos hombres se quejaban debían tener un buen motivo.

Habían estado malhumorados desde el martes a la mañana, cuando el primer soldador Steiglitz recibió la carta. Como la mayoría de los VeCeÉs, Steiglitz tenía una familia que lo esperaba allá en su hogar: tres muchachos y una mujer paciente. En la carta le avisaban que el mayor de sus hijos había muerto. Fuera de servicio, el muchacho se había unido a una milicia de defensa de su planeta y había recibido un disparo de "fuego amigo" durante una escaramuza con los zerg.

Esa tarde, Steiglitz había destrozado un cuervo reluciente que acababa de armar. Lo había dejado convertido en un montón de basura carísima justo antes de que Choosey y un operador llamado Patel lo arrastraran de su máquina de soldadura de acero-plástico.

Pearly había visto a tipos más jóvenes quejarse de todo, desde las raciones que les tocaban hasta los lugares para dormir, mientras los VeCeEs comían las sobras y usaban menos cobijas, pero desde que llegó la carta para Steiglitz tenían mucha menos tolerancia.

Pearly pensó en su mujer y sus propios hijos, los dos ya crecidos. Uno estaba a cargo de la Plaza de Cañones en su hogar natal, y el otro diseñaba propulsores avanzados en Umoja. Eran tan vulnerables como el hijo de Steiglitz. Cuando pensaba en sus seres queridos, no podía evitar imaginar tres figuras en un campo abierto, rodeadas de enemigos por todas partes. El tiempo y la distancia siempre magnificaban esa sensación de ansiedad, pero desde que llegó esa carta se había convertido en un peso que le oprimía el pecho.

Trató de disipar esa sensación y se aclaró la garganta.

—Muy bien, escuchen. Si quisiera excusas, habría buscado a un político del Dominio. Vamos a intentarlo de nuevo a las 16:00. Quiero que a esa hora los tres escuadrones tácticos tengan preparada una lista de superficies logísticamente viables. Si les sobra tiempo mejor para ustedes. Por mí pueden usarlo para rezar o jugar a las cartas, me importa un carajo.

Pearly observó a los hombres, cansados y arrugados como una carta que se leyó una y otra vez.

—Me parece que algunos deberían aprovechar para ejercitarse un poco. —Algunos de los pilotos soltaron una risa ahogada, y Pearly se palmeó la panza—. Y yo también. —Otros sonrieron—. Pueden retirarse.

Observó detenidamente a los VeCeÉs mientras se alejaban, y comenzó a rascarse nuevamente la nuca con el puntero de su consola remota. Estaba a cargo de estos hombres, y era su deber hacer algo. *Mierda.*

Rory Swann apoyó su vaso con un golpe claro y sonoro. Casi siempre hacía todo así, con fuerza y contundencia. Tenía una cualidad expansiva que le gustaba a Pearly, quizás porque él, por el contrario, siempre se contenía y jamás era de los que rompen un silencio.

Rory era el jefe de ingenieros de la nave. Unos años antes, los VeCeÉs habían colaborado con el equipo de ingeniería para arreglar el *Hiperión* después de una batalla bastante complicada. Mientras trabajaba metido hasta el cuello en engranajes y grasa, Pearly había encontrado a los mejores amigos de su vida, y uno de ellos era Rory.

Aunque tenían temperamentos opuestos, los dos habían encontrado la forma de llevarse bien. Pearly lo atribuía en parte al hecho de que ambos tenían el mismo rango y el mismo nivel de experiencia pero sus tareas jamás se superponían, como si fuera una regla tácita. *Podemos quejarnos el uno al otro sin que haya problemas de orgullo herido*, pensaba Pearly. En realidad, generalmente era Rory el que se quejaba de que Jim Raynor era un "maldito genio" y se pasaba veinte minutos explicando cada tema sobre el que había estado discutiendo con el comandante.

Hoy puede ser diferente, pensaba Pearly mientras Rory hablaba por centésima vez sobre los méritos del vehículo de asalto Katari. En realidad, a pesar de todas sus discusiones y peleas, Raynor y Swann eran carne y uña. Y como Pearly buscaba la forma de convencer a Raynor de hacer algo que seguramente no le gustaría, sabía que Rory era el hombre indicado para obtener un consejo.

Swann estaba terminando de contar una de sus grandes historias:

—Carajo, no creo que ni siquiera me dejen *aterrizar* en esa luna otra vez...

Pearly soltó una risita (aunque había oído la historia cientos de veces) y pensó cómo podía explicarle su inquietud.

—Escucha, Swann...

—¿Qué te anda pasando, compañero?

Pearly tomó un trago de cerveza y siguió.

—¿Eres casado?

Swann sonrió.

—Sí, varias veces. ¿Por qué? ¿Alguien está en busca de un marido manco?

Pearly tomó unas papas fritas y le contó el episodio de Steiglitz. Observó la mueca en la cara de Swann cuando llegó a la parte de la destrucción del cuervo. Finalmente, tocó el tema que le preocupaba.

—La cosa es que estos tipos nunca se relajan. Nunca tienen un maldito momento de tranquilidad. Pero eso los está jodiendo. Están quisquillosos sin darse cuenta, menos brillantes que antes... Es como esas rutinas que se ejecutan en segundo plano. No te das cuenta de inmediato, pero al prestar atención ves que el procesador está sobrecargado. Necesitan ver a sus familias, Rory. Aunque solo sea por unas horas. Están... destruidos.

Rory abrió y cerró el extremo de su brazo biónico.

—¿Y cómo no van a estar destruidos? Carajo, para la mayoría de los muchachos de esta

nave, esta es su primera guerra. Los más jóvenes pelean por principios o venganza. A veces por diversión. No es nuestro caso.

Pearly se rió.

—Mentiroso. Tú *sigues* haciéndolo por diversión.

Swann soltó una risa ahogada.

—Bueno, sí, quizás yo sí. Pero no tus hombres. Ellos lo hacen por sus familias. Tienes que hablar con Raynor.

—¿Y qué le digo?

—Lo que acabas de decirme. Carajo, si *los dos* son unos pueblerinos callados que salieron de algún agujero lleno de bosta perdido por ahí. Tú debes saberlo mejor que nadie: la mejor forma de hablar con un vaquero es ir directo al grano. Dile lo que necesitas.

—Odio pedir favores.

—No le estás pidiendo nada, le estás avisando. Raynor no es tonto, y comprenderá que es algo razonable. Recuerda: todos los Rebeldes que están peleando en esta lucha maldita tienen una cosa en común. Cuando te miro a ti, a Raynor, a *cualquiera* de estos hombres, lo

que veo es un tipo común y corriente que se cansó de dejar todo en manos de unos fascistas que no gastarían ni diez malditos créditos en salvarles la vida, ni en salvar la vida de nadie. Comienza por ahí. De lo general a lo particular, como cuando ensamblas un VAL.

Pearly suspiró.

—Eres un optimista.

Rory lanzó una carcajada.

—Y tú eres más raro que la mierda. Eres capaz de hacerle frente a un zelot sin más ayuda que tus puños como si nada, pero si alguien trata de sonsacarte diez palabras seguidas, te vuelves tímido y vergonzoso como una niña.

Swann se inclinó sobre la barra para llenar su vaso.

—Si nunca preguntas, la respuesta siempre será "No". El primer paso consiste en abrir la boca y hablar. Tómate otra cerveza y luego haz que ese maldito te escuche.

—No se puede —dijo Raynor con esa natural confianza en sí mismo que hacía que los soldados más jóvenes se levantasen de inmediato e hiciesen la venia al verlo pasar. Pearly comenzó a rascarse la nuca casi automáticamente.

—Nuestra posición es demasiado débil. Se necesita cierta cantidad de recursos para mantener este pájaro en el aire. La mayoría de los muchachos están ocupados convirtiendo esos recursos en municiones. Tu unidad consigue doce veces más que lo que cualquier otro escuadrón consigue en un año de misiones.

—Siete veces más que un cuerpo de ingenieros equivalente del Dominio, con un tercio del presupuesto operativo —aclaró Pearly—. Conozco las estadísticas, Jim.

—Eso demuestra lo que digo. —Raynor sacó un cuchillo y cortó un pedazo de una manzana roja de Shiloh que descansaba en una frutera en una esquina de su escritorio—. No podemos dejarlos ir.

Le ofreció el trozo de manzana a Pearly con la punta del cuchillo, pero Pearly hizo un gesto leve para indicar amablemente que no quería, y respiró profundo. Raynor siguió hablando.

—Estamos en medio de una rebelión a todo o nada. La única forma de lograrlo es mantener contentos a los de Moebius.

Raynor mordió un pedazo de manzana, masticó y tragó.

—El liderazgo es un asunto complejo. El presupuesto puede ser más importante que el coraje. ¿Alguna vez te imaginaste en el lugar donde estás ahora?

Pearly reflexionó.

—Supongo que siempre me vi construyendo complejos de vacaciones para gente rica, trabajando en mi rancho en mi tiempo libre... Y engordando, con nietos trepando a mis rodillas.

—Lindo mundo, ¿verdad?

Raynor sacudió la cabeza.

—Lo siento, Pearly. Estamos en un punto crucial en esta guerra. No se puede. No en este momento.

Una vez, Pearly había sido sorprendido por tres ácaros mientras reconstruía un tanque de asedio en medio del campo de batalla y había logrado exterminarlos tan solo con un soldador de arco y una llave muy pesada. *¿Por qué carajo esto tiene que ser tan difícil?*

Raynor rompió el silencio.

—De todas formas es bueno que hayas venido. Iba a llamarte para darte el informe de una nueva misión.

—Pensé que ya estábamos asignados a un proyecto importante.

Raynor sonrió.

—Esto es más importante. No pongas esa cara de preocupación... —Deslizó un chip de datos en la consola táctica, y al instante cobró vida el modelo telemétrico de una pequeña luna—. Será un simple trámite.

—Es un asunto simple, vamos y volvemos —les explicó Pearly a sus hombres mientras contemplaban el informe de la misión.

—¿Apoyo de marines? —preguntó Czark.

—El comandante no me lo ofreció y yo no se lo pedí. Es una rebelión, no una reunión de amigos. Ya estamos bastante ajustados como para que encima saquemos más hombres de las líneas de batalla para que se sienten, tomen café y nos miren mientras excavamos.

Además, es un juego de niños: entramos y salimos con la mercancía.

—¿Y "la mercancía" qué sería? —preguntó Choosey con los brazos cruzados y el entrecejo fruncido.

—Esas sondas metálicas que el cabo Griffud lanzó hace seis semanas estuvieron transmitiendo sin parar. Parece que encontraron una veta valiosa de minerales en esta luna. Brass recibió el alerta a las cero quinientos. Atravesaremos el vertedero y estaremos listos para desplegarlos mañana temprano.

—¿A qué te refieres con "valiosa"? —quiso saber Czark. Pearly oprimió una tecla en la consola táctica y observó los datos que iban apareciendo e iluminaban las caras de los hombres.

—Carajo —dijo Choosey.

—Sí, si es que esos pequeños informantes de Griffud mandan datos precisos —agregó Czark. En el círculo que se había formado alrededor de la consola, Liam Griffud (un profesor de geología exploratoria al que habían pescado en una beca de investigación en la UCU) se apartó los cabellos color arena de su pálida cara y juntó las puntas de sus dedos, largos y delgados.

—Mandan datos precisos —dijo con una pequeña sonrisa seca como una pasa.

—¿Y cómo es que todavía nadie metió la cuchara en esta torta? —preguntó Choosey.

—La roca lleva el nombre de Gurdlac. La atmósfera apenas es apta para la vida humana. Hace suficiente calor como para que un viejo nativo de Luna Atacama como yo lo piense dos veces antes de ir. Los informes de inteligencia dicen que el Dominio la había marcado para una posible terraformación porque querían usarla como campamento de refugiados, pero no concretaron nada. No hay nada registrado, ni sondeos ni controles. Es solo una gran roca caliente a la que nadie le volvió a prestar atención, salvo nosotros.

Pearly se encogió de hombros.

—Solo tenemos que ir y hacer nuestro trabajo. La única complicación es que los Rebeldes van a estar ocupados pateando culos en algún otro lado mientras nosotros nos encargamos de esto. Nos llevan y nos pasan a buscar, pero durante la misión estamos por las nuestras.

—¿Y cuál es la novedad? —se quejó Czark, mientras los demás se reían por lo bajo—. Muy bien, sargento. Llevaré al escuadrón táctico A para ajustar los EMUL.

—Y yo haré la lista de equipos mínimamente viables y se la pasaré a los sobrecargos —dijo Choosey.

—Una última cosa... —dudó Pearly—. Sé que hicimos más de lo que nos toca y que ya realizamos dos incursiones más extensas de las que la mayoría de ustedes se comprometió a hacer, y sin descansos. Y sé que dan el doble de lo que da cualquier operario en cualquier

situación. Lo que quiero decirles es que... estoy intentando encontrar una solución. Pueden retirarse.

Los hombres se alejaron arrastrando las botas desgastadas por el trabajo, mientras se rascaban la barba de varios días. Algunos asintieron con la cabeza en señal de comprensión.

Choosey se detuvo y dijo con calma:

—No se preocupe, jefe. Si es humanamente posible, lo conseguiré.

Luego le palmeó el hombro y se apuró para seguir al resto. Pearly suspiró mientras los observaba alejarse hasta que ya no pudieron oírlo.

—Ojalá fuese así.

El descenso de la nave hizo que a Pearly se le revolviere el desayuno en el estómago, como en todos los descensos en los que había participado. Era un alivio estar en suelo firme otra vez, aunque en realidad estuviese a un metro y medio de altura en su T-280.

Pearly se flexionó para trabajar en el mecanismo del articulador que conocía tan bien. El articulador estándar incluía un arnés moldeado que se ajustaba al cuerpo del operador y que podía leer sus movimientos más pequeños y traducirlos al mecanismo del VCE. El

módulo integrado de retroalimentación dinámica (el MIRD, o si un zerguezno se subía en la espalda, el ¡MIERDA!) generaba respuestas táctiles y le daba al operador una aproximación bastante cercana de lo que sentiría si las enormes extremidades de la máquina fuesen las suyas.

En otra época, Pearly había trabajado como parte de un contrato de dos créditos con un genio de la ingeniería malhumorado y autodidacta, de un asentamiento perdido por ahí. Su nombre era Redell Quinton. Se habían hecho buenos amigos mientras reparaban algunos de los módulos de retroalimentación más dañados del sector. Con el paso del tiempo, comenzaron a pasar las noches imaginando módulos de alto nivel que podrían patentar si tuviesen dinero. Fue durante una de esas sesiones, medio borracho con el aguardiente de Red (la bebida más fuerte que Pearly había probado en toda su vida), que Pearly comenzó a delinear el borrador de su articulador biométrico heurístico.

Unos años después, con todos los recursos de los VeCeÉs a su disposición, se había abocado a construir el dispositivo y lo había hecho instalar en todas las máquinas que estaban a su cargo. El dispositivo se alimentaba con las respuestas nerviosas de cada usuario y con el tiempo hacía las correcciones necesarias para mejorar el rendimiento. Cuantas más horas se conectasen los VeCeÉs, mejor respondían sus VCE. Eso hacía que los hombres se sintiesen cada vez más conectados con sus equipos. Pearly, que nunca había dejado de ser un vaquero, siempre pensaba en los caballos que los granjeros del planeta Choss tenían a mano para las situaciones (bastante frecuentes) en las que faltaba combustible. Pensaba en los jinetes que poco a poco elegían su montura favorita.

Pearly no era inmune a esto. Él mismo colocaba placas de neoacero sobre su máquina, lubricaba los propulsores y cuidaba a la enorme masa de hardware como si fuese un bebé.

Ahora, otra vez seguro en tierra firme (*en realidad, Gurdlac firme*, pensó Pearly), dio unos pasos fuertes, articulando las rodillas, disparó los propulsores intermitentemente para probarlos y verificó los indicadores de estado. Satisfecho al ver que su equipo funcionaba como era debido, giró y comprobó el monitor táctico a su izquierda. Los signos vitales constantes de todos los VeCeEs latían tranquilizadamente en una eficiente cuadrícula de puntos rojos titilantes.

Pearly contempló el paisaje de Gurdlac. Una planicie interminable de malezas con algunos arroyos ocasionales hacia el este. Una pared escarpada de piedra, rematada por una meseta, se levantaba hacia el oeste. La meseta, que se expandía infinitamente hacia el norte y el sur, estaba salpicada por desfiladeros profundos y cañones encajonados. La luna era bellísima y desoladora, a su manera: era una combinación que solo se encontraba en el desierto. Encima, era un día espléndido.

Eso lo hacía *más* difícil.

—Mantengan esas viseras abajo, muchachos. Ya sé que todos queremos un poco de aire fresco pero este lugar los va a deshidratar y no tenemos tanto margen. Asegúrense de que la configuración de los confortroladores sea alta para no transpirar.

Difícil. Estas malditas cosas no son mucho mejor que un equipo de aire acondicionado común. Cuando volvamos, voy a asignar a un escuadrón táctico para mejorarlos, pensó por centésima vez.

Levantaron el centro de mando rápidamente. *No fue un tiempo récord* (Pearly llevaba un registro de sus récords de construcción porque siempre esperaba que estableciesen uno nuevo), *pero mucho más rápido que cualquier grupito de idiotas del Dominio.*

Guardaron los suministros con más velocidad aun, y a la hora del almuerzo ya estaban listos para abrir los planos de minería y elegir un punto de perforación inicial.

Fue justo después de las 16:00 cuando tropezaron con el detonante zerg que produjo un terrible ¡CRAC! El sonido fue similar al de una trampa de hierro cerrándose en la pata de un jabalí en la maleza, allá en Quijadas, donde solía cazar cuando era un niño.

Uno de los EMUL había perdido una tenaza poco más de una hora antes, y Pearly estaba ayudando a Czark y al escuadrón A a realizar una reparación rápida.

Los Excavadores Móviles Utilitarios Lunares, con su sistema robotizado, generaban mucha más producción en cada perforación. Eran capaces de acarrear cargas que destruirían los

motores de un VCE. Sin embargo, no tenían cerebro ni instintos, así que Pearly había entrenado a sus hombres para trabajar con estos EMUL de forma tal de corregir su telemetría tan poco imaginativa y guiar a los potentes excavadores a los lugares donde eran más necesarios.

Además, estas malditas cosas consumían toda la energía y cuando se secaban, se necesitaban dos buenos VeCeEs para recuperarlas.

Mientras Pearly trabajaba denodadamente para reparar la máquina, una comezón premonitoria comenzó a torturarle la nuca. Lanzó un gruñido y echó una mirada a lo lejos.

En el sitio de perforación, el suboficial Wolfe estaba penetrando la áspera superficie rocosa con su cortadora de fusión. Fue entonces cuando se oyó el sonido: ¡CRAC! Y de pronto, Wolfe desapareció por una enorme fisura que partió el suelo en dos bajo sus pies. La grieta se hizo más grande y pronto rodeó el sitio, como una costura que se desgarró en una tela gastada.

Una de las luces de color rojo a la izquierda de Pearly se apagó. Wolfe estaba muerto. Los pensamientos de Pearly comenzaron a cruzarse a toda velocidad. *¿Una falla tectónica? No. Era algo demasiado ordenado. Un anillo perfecto alrededor del campamento. Tenía que ser algo deliberado. ¡Era algo planificado!*

Fue entonces cuando el primer zerguezno saltó de la grieta hacia la superficie y clavó sus garras en la cabina de Cortez (*un metalúrgico que antes trabajaba en las fábricas de vehículos de lujo de Moria*). Pearly miró más detenidamente y se dio cuenta de que la grieta estaba llena de caparzones zerg que no dejaban de moverse.

¡Carajo! Tenemos que formarnos, reunirnos en el centro de mando y...

Pero la grieta seguía avanzando y ya casi rodeaba por completo el área. *Si vamos hacia donde están el centro de mando y los equipos, quedaremos rodeados.* Pearly examinó el campo. Choosey era el que estaba más cerca del camino, cada vez más angosto, entre ellos y los cañones. Era el momento de tomar una decisión rápida.

—¡VeCeÉs! ¡Fórmense alrededor del teniente Wsoro! ¡Dispáren a la grieta y avancen hacia los cañones! ¡Destruyan cualquier cosa que se mueva!

Pearly activó el articulador de un golpe. Los zergueznos ya se amontonaban cerca de los hombres en la periferia. Fieles a su costumbre, los VeCeÉs se movían de a pares en un esquema táctico, sin temor, rebanando y destrozando zergueznos con la mayor velocidad posible, y corriendo hacia la angosta franja de camino que quedaba. Si Pearly hubiese tenido un segundo para pensarlo, se habría sentido orgulloso.

Pero no había tiempo ni para eso. La horda de zergueznos que salía de esa maldita grieta en el suelo parecía no tener fin. En pocos minutos, los superarían. Pearly vio que un zerguezno

aterrizaba sobre la máquina de Dean Mozian (*un experto en balística que habían rescatado de un taller clandestino de Cirion donde trabajaba esclavizado*) y comenzaba a perforar los bordes de su ventanilla. Pearly tiró del articulador y embistió con un brazo al zerguezno. Logró atrapar su cabeza con las tenazas. Apretó el puño al máximo y, a través del MIERDA, sintió cómo el cráneo del bicho estallaba.

Luego, un zerguezno saltó sobre la parte trasera de su propia máquina. Se sacudió y giró en dirección a Czark. Éste atravesó de un golpe el tórax de otro zerguezno que se interponía entre ambos y levantó su soldador. Un silbido quejoso sonó débilmente a través del intercomunicador cuando Czark aumentó al máximo la potencia e hizo volar al insecto con un destello candente.

Otras cuatro luces se apagaron igual que había sucedido con la de Wolfe. En la mente de Pearly, los nombres de los caídos comenzaron a desfilar al compás de la marcha de su máquina.

¡Plom! *Addams, el plomero de la Gran Curva.*

¡PLOM! *Kobayashi, el físico de partículas que trabajaba en una flota de investigación itinerante.*

Se estaban acercando a la grieta, con los dos EMUL detrás para absorber la mayor cantidad de daño posible.

¡PLOM! LeFleur, el arquitecto de IU reclutado de la Hipercada.

¡PLOM! Nguyen, el ingeniero en estructuras que aún trabajaba para los una entidad solidaria transmitiendo datos de blindajes militares para iniciativas de viviendas de bajo costo.

La mayoría de los hombres habían pasado la grieta. Pearly miró hacia atrás. Czark y otros rezagados escupían plasma sobre una inmensa marea zerg de color marrón.

¿Y ahora, qué? ¡Aunque salgamos a campo abierto, nos alcanzarán en segundos! Pearly sostuvo como pudo a Blake (*el especialista en redes con veinte años de experiencia en la UNN*) y lanzó lo que quedaba de su máquina en la grieta. La marea ya casi los cubría.

¡Necesitamos alguna solución para esa grieta o estamos jodidos! Una cuña de soldados de aceroplástico puede sostener el borde, ganar más de tiempo para que los otros...

Pearly vio cómo Wenders (*el contratista de demoliciones de Halcyon*) caía en medio de la turba de zergueznos. Otra luz se apagó.

Miró a Czark, cuya máquina había girado a popa, que claramente estaba pensando lo mismo que él. *No, no lo mismo porque...*

Czark encendió su cortadora de fusión y la apuntó en dirección al paquete de explosivos que estaba atado a la máquina de Wenders. A la distancia, sus ojos se cruzaron con los de Pearly, que apenas tuvo tiempo de susurrar inútilmente un...

—No...

Todo el lugar se convirtió en una nube de fuego. La explosión lanzó la máquina de Pearly contra dos de los VCE que estaban huyendo. Por un momento solo permaneció tirado mientras sacudía la cabeza aturdido por el ruido.

Pearly se puso de pie. Czark había conseguido un poco más de tiempo, pero sería un minuto como máximo. Tenían que moverse...

—¡Al oeste noroeste! Es el desfiladero más estrecho por el que podemos pasar! ¡Activen las coordenadas en sus visores! ¡Ahora *muévanse!*

Ya había caído la noche cuando Pearly se sintió lo suficientemente seguro para ordenar a la compañía que se detuviese.

Habían logrado atravesar la grieta antes de que los zerg pudiesen reagruparse, y una vez que los VCE estuvieron fuera del alcance de la vista, los bichos no los persiguieron. Pearly

sabía que por la quietud y la falta de viento el olor de la grasa de las máquinas no había viajado en el aire, y probablemente eso hacía que fuese más difícil rastrearlos. Gracias a eso formas habían logrado tomar un respiro.

Allí, en lo profundo de los desfiladeros y cañadas de la meseta, habían descubierto un enorme cañón encajonado con lados escalonados. Solo tenía dos salidas, ambas en pinza. *Estamos tan seguros acá como en cualquier otra parte*, pensó Pearly, y les dio la orden de alto.

Los hombres se detuvieron poco a poco. Pearly abrió un canal de comunicación con Griffud.

—Liam, necesito una imagen tridimensional de estos cañones lo antes posible.

—Copiado, jefe. —A la respuesta de Griffud le siguieron algunos zumbidos sordos mientras se ocupaba de la tarea asignada. Pearly asintió con la cabeza y se dirigió al resto de las tropas.

—Muy bien, fórmense.

Los hombres se formaron, cansados pero sin quejarse.

—Perdimos algunos amigos hoy, y estamos todos bastante golpeados por esta marcha, pero necesito que den aún más de ustedes antes de que podamos descansar.

—¿Qué carajo fue todo eso, Pearly? —preguntó Eddie Rimes, un capitán de transportes proveniente de Tyrador.

—Fue una trampa —lanzó Choosey—. Reconozco una trampa cuando la veo. Hicimos un montón para esos perros del Dominio, ¿o no? Nos mandaron acá para excavar en una trampa cazabobos.

Rimes intervino:

—¿Pero cómo podían saber? ¿Cómo podían saber que iríamos a ese lugar?

—No sabían.

El que habló era Dave Warner, que había pasado tres años trabajando en el área de estrategias de ingeniería contrabiológica para el OIE.

—La trampa no era para nosotros. No era para nadie en especial. O quizás lo correcto sea decir que era para cualquiera que no se arrastrase en un caparazón. Hay informes sobre esto en el área de Operaciones para Investigaciones Especiales. Se llaman *cuerdas de trampas*. Básicamente, los zerg encuentran un botín valioso y en lugar de excavarlo, hacen un pozo, llenan una caverna con talo y entran en hibernación. Como una rana en una laguna.

—¡Como una rana, un carajo! ¡Las ranas no salen de pronto de la tierra y tratan de masticarte vivo, hermano!

Ya era suficiente para Pearly. Saltó sobre una roca cercana y gritó:

—¡Ya está bien, paren acá!

Los pilotos obedecieron.

Pearly lanzó un resoplido.

—No voy a mentirles. Estamos en problemas. Para empezar, hicimos todo esto con los mínimos recursos disponibles. Ahora, la comida y el agua están en medio de una trampa mortal. Estamos fuera del alcance del *Hiperión*, y no van a volver hasta dentro de dos semanas. Con lo que tenemos acá...

Hizo silencio, y Griffud completó su pensamiento.

—No podemos hacer nada.

—Así que... necesito ideas.

Todos se quedaron callados. Era la primera vez que Pearly les pedía a los VeCeÉs que le diesen ideas y no los bombardeaba con al menos veinte planes A. Necesitaban mucho más que planificación ahora. Necesitaban mucho más que liderazgo. Necesitaban inspiración. Pensó en lo que Swann le había dicho.

Inspiración de un hombre tan parco. Carajo. Mierda.

Entonces Pearly pensó en Lynn-Ann y sus dos hijos. Pensó mucho.

El primer paso consiste en abrir la boca y hablar.

—Está bien —comenzó a decir, sin saber cómo seguir—. Está bien, escuchen...

Y lo escucharon.

—Para mí esto... esto es un problema de ingeniería como cualquier otro. Como el transporte de materiales peligrosos. Es cuestión de administrar los recursos. Es...

—Un trabajo de plomería —concluyó Choosey.

—¡Exacto! —dijo Pearly—. Un trabajo complicado. Piensen en eso. Tenemos la mierda en un lugar en el que no la queremos, y tenemos que hacerla flotar hacia otro lado. Entonces, ¿Con qué contamos para conseguir *eso*?

—Bueno, para empezar, todos tenemos nuestros vehículos de construcción masiva —
intervino Griffud—. Eso tiene que servir para algo.

—¿Y entonces, qué hacemos con eso? ¡Vamos!

—Por lo general construimos cosas, pero no tenemos materiales —respondió Rimes.

Pearly se rascó la nuca y miró alrededor. Entonces chasqueó los dedos.

—Cómo que no tenemos. Es evidente que ustedes nunca estuvieron en Choss ni vieron mi
obra maestra.

Rimes lo miró fijamente un segundo, y luego lanzó una carcajada.

—Los acantilados. Ustedes, hijos de puta, construyen cualquier cosa en las piedras...

—Complejos turísticos completos, casi ciudades verticales —agregó Pearly—. Escuchen,
pedazos de bestias. —Avanzó a zancadas hasta llegar al centro del cañón—. Estamos
parados en el medio de una enorme cantera de materiales de construcción. ¿Esos
asquerosos bichos creen que *ellos* pueden construir una trampa? ¡Están desafiando a los
cerebros de ingeniería mejor preparados y más desequilibrados de todo este puto sector!

Pearly giró y caminó entre sus hombres.

—Ustedes están cansados. Yo estoy cansado. Estoy destrozado por la corrida, por cincuenta años de estar arrastrando cosas de acá para allá, por ver cómo mi mundo se desangra entre la Confederación y el Dominio, ¡y por las dos malditas guerras, que ya fueron demasiado! ¡Estoy cansado y furioso, y ustedes también deben sentirse así porque una vez más tenemos que cargar siete veces la mierda de cualquier otra unidad del sector! ¿Pero, saben qué? ¡Estoy contento! ¡Estoy contento porque cuando vuelva, cuando vuelva con mis hijos, cuando vuelva a mi hogar, con mi mujer, me lo habré ganado más que cualquier otro hombre que no haya estado aquí en este desfiladero esta noche!

—Así que, si están cansados, ¡mucho mejor! ¿Están furiosos? Mejor aún. Porque un VeCeÉ cansado, enojado, sin bañarse y sin comer vale más que diez soldados con el mejor entrenamiento del mundo. Nos dan una cuchara y construimos un búnker. ¡Nos dan una ramita y construimos un fuerte! Nos dan este enorme y solitario agujero en medio de la nada, y nosotros vamos a construir una trampa mortal que aplastará a esos bichos tan fácilmente que desearemos que nunca se acabe el espectáculo. Y les prometo esto...

»¡Todos esos pendejos que ahora están muy tranquilos en el comedor de su nave, esos pendejos que están recostados en sus camitas en todos los rincones de este sector, van a lloriquear y se van a sentir unos idiotas por no haber estado aquí el día en que dieciséis viejos cansados destruyeron como si nada a un hambriento ejército xeno!

—¡Sí, mierda! —gritó Drew Roder (*que había pasado diez años como ilegal en la helada Zenn*), y algunos otros pilotos se rieron y aplaudieron.

La voz de Griffud se oyó suavemente a través del intercomunicador de Pearly.

—La imagen tridimensional de toda la zona ya está lista.

Pearly activó el modelo de inmediato y localizó el cañón. Examinó la imagen intermitente que mostraba los desfiladeros zigzagueantes, destacó algunos puntos y luego se la mostró a toda la unidad.

—¿Ven? Va a ser más fácil de lo que pensamos.

Algunos más soltaron un gruñido para mostrar su enérgica aprobación, y Pearly pudo oír al menos un "perfecto, carajo".

—Choosey, ¿puedes ensanchar la entrada con los explosivos que tenemos a mano?

—Puedo hacer mucho más que eso. Pero tengo una pregunta, jefe. ¿Cómo vamos a lograr que esos malditos bichos se metan acá?

Pearly suspiró y volvió a pensar en su familia.

—Solo se me ocurre una manera...

Trabajaron toda la noche: se tomaron el tiempo necesario para que todo quedase bien. Solo tenían una oportunidad. De todas formas, los VeCeÉs estaban acostumbrados a trabajar en estas circunstancias. Habían construido plataformas de lanzamiento manual en las que un centímetro de error significaba la muerte del piloto. Habían elaborado listas de equipos mínimamente viables en las que un kilo adicional de blindaje de neoacero podía enterrar la nave en medio de la montaña y un kilo menos significaba la muerte a manos de un hidralisco.

En realidad, es preferible tener nuestras propias vidas en las manos y no la vida de algún muchacho valiente.

Este pensamiento cruzó la mente de Pearly mientras contemplaba el campamento destruido al amanecer. Los otros VeCeÉs se habían resistido cuando les dijo que él sería el encargado de ir, pero Pearly había insistido. Griffud (el mismo maldito e implacable científico de siempre) también había señalado que, en definitiva, Pearly había ganado la carrera anual de obstáculos de T-280 los últimos tres años. Aunque no hubiese sido así, Pearly sentía que ya eran demasiados los hombres que se habían sacrificado por él en esta misión.

Parece tranquila.

Excepto por la enorme rajadura en el suelo y el inconfundible talo viscoso, la base estaba casi igual que el día que la construyeron. Tranquila. Desierta.

Claro, y si crees eso, te vendo un puente. Pearly soltó una risa ahogada. *En realidad, ya tengo un puente. Tengo varios para repartir.*

La risa de Pearly hizo que la voz preocupada de Choosey resonase a través del intercomunicador.

—¿Jefe?

Te estás distraendo. Concéntrate. Pearly se controló y contestó con calma:

—No es nada, Choosey. ¿Cómo está todo por ahí?

—Estamos terminando la recarga solar en las máquinas. Un minuto para el show, jefe.

Este podría ser el día, pensó Pearly. Carajo, esquivé más balas que las que tiene asignadas cualquier viejo soldado como yo. Dos guerras, una infinidad de mundos sin ley... Si pudiese salvar a los demás...

—Sería una buena manera de conseguirlo —dijo en voz alta.

—Treinta segundos, jefe.

Pero si tiene que ser así... Pearly se estiró y tocó los controles. La escotilla se abrió con un suave silbido metálico.

—¿Jefe?!

—Está bien, Choosey. —El viento árido de Gurdlac se deslizó suavemente por la cabina como el beso de una amante. Pearly se sacó el arnés y dejó que esa brisa leve le acariciase la cara. Sintió el aire dulce y seco y la calidez del sol. Pensó en sus hijos. *Buenos muchachos. Hombres, en realidad. Muy inteligentes.*

—Quince segundos, jefe.

Pensó en Lynn-Ann, con su largo pelo color miel y su cuerpo delgado y bronceado. Una chica de la frontera, allá en Choss. En la universidad, Pearly salía con una sofisticada gatita de ciudad, pero durante unas vacaciones la dejó por Lynn-Ann, a quien no veía desde la primaria. Lynn-Ann, la niña ruda con las rodillas siempre sucias que se había convertido en ese ángel del desierto. Lynn-Ann, que olía a agave y a salvia, y a algo indefinible que era mucho más rico aun.

La mejor decisión que he tomado en mi vida, pensó Pearly.

—Cinco...

Respiró profundamente.

—Cuatro...

Repasó el plan...

—Tres...

En busca de alguna falla...

—Dos...

Pensando en las variables...

—¡Uno!

Tomó el articulador.

—¡VCE cargados y esperando!

Sentía la vibración del taladro que subía por la matriz táctil.

—¡Cuando quiera, jefe!

Pearly se rascó la nuca, seca por el viento...

—¿Jefe?

Pearly tocó los controles. La escotilla se cerró de un golpe...

...Y Pearly hundió el taladro con todas sus fuerzas en el suelo.

La reacción fue instantánea. La horda de zergueznos salió de la grieta en una marea enloquecida de extremidades retorcidas. El enorme zumbido alcanzó a Pearly una décima de segundo antes de que se diera cuenta realmente de lo que estaba haciendo.

—Mierda.

Pearly giró, activó los propulsores, y salió disparado como si el Diablo mismo lo persiguiera.

Pasó por la boca del cañón que habían ocupado el día anterior y eligió un hueco más ancho a medio kilómetro por el peñasco. Sus hombres habían rastreado la telemetría elaborada por Griffud y se habían dado cuenta de que la otra salida del cañón se ensanchaba mucho unos metros después. Para el escuadrón táctico B fue un juego de niños modificar la pinza.

Será lindo y tentador, pensó Pearly. Eso espero.

El primer zerguezno tardó aproximadamente tres minutos de carrera a toda prisa ("*como alma que lleva el diablo*", diría Lynn-Ann) en alcanzarlo. Pearly estaba listo. Con un rápido movimiento de las cortadoras de fusión, el zerguezno rodó cortado en dos partes y la horda que venía atrás pisoteó los restos.

Pero Pearly había perdido velocidad, y los malditos bichos eran demasiado rápidos.

Logró atrapar a otro con las tenazas y lo arrojó hacia adelante, para poder aplastarlo al avanzar.

Sin embargo, el tercer zerguezno pudo clavar los colmillos en el motor de su brazo izquierdo antes de que Pearly pudiese freírlo con el plasma, y el cuarto logró trepar a la parte trasera de su máquina.

Pearly sintió que los servos perdían velocidad por el peso que tenía encima. *Esto no es bueno. Tengo que sacármelo de encima.*

Arrancó la tapa de la caja de control a su derecha y armó rápidamente un parche eléctrico. El blindaje de su T-280 se calentó al rojo con la corriente, y el zerguezo salió despedido con un chillido.

Pearly verificó los medidores. Había suficiente combustible para llegar al final del juego si no usaba los propulsores. *No puedo usar ese truco otra vez. Necesito un respiro.*

No había quedado mucho en el campamento, pero los hombres habían arrastrado algunos paquetes de demolición y unos pocos metros de conductos. Habían usado la mayoría de estos materiales para la obra, pero con lo poco que quedaba Dean y Choosey habían fabricado tres lindas sorpresas. Pearly las llevaba en el VCE. Alcanzó con el brazo el primer dispositivo de forma oblonga y tocó el panel de control para activarlo.

Era un asunto complicado. Si el efecto era demasiado fuerte, la horda dejaría de perseguirlo. Si era demasiado suave, lo aplastarían. *Exactamente toda esta situación a menor escala*, pensó Pearly. Recordó lo que un profesor le dijo una vez: *"La ingeniería está en los detalles"*. Pearly sospechaba que ese hombre no hablaba precisamente sobre cómo aniquilar a una horda de xenos hostiles. Probablemente tenía en mente la redacción de grandes propuestas o la publicación del manual técnico del año.

Carajo, prefiero estar haciendo esto.

Pearly giró la cabeza para mirar a la horda que se acercaba. *Mala idea. Maldición. Hay un millar de bichos ahí afuera.* Cruzó los dedos y escupió como había visto hacer a su padre cientos de veces para invocar la buena suerte, y finalmente arrojó el juguete de Choosey contra la oleada de insectos.

¡BRUUUUM! La granada de conmoción generó una nube de tierra y zergueznos caídos. Oyó a los otros bichos zumbar y chillar con esa sed de sangre que tienen siempre.

¡Hijos de una gran zelos, esto está funcionando! Había ganado un poco de distancia, pero la horda de zergueznos no parecía perder el interés. *Me parece que los hice enojar. Bien. Siempre es mejor luchar contra un enemigo que está nervioso.*

Ya había llegado al cañón y ganó un poco más de terreno mientras los zergueznos cerraban filas para poder entrar en ese embudo.

Pearly mató a dos con las cortadoras de fusión y atravesó a otro con una conveniente punta de piedra. Pero el resto se acercaba cada vez más, y no podía arriesgarse a que algún otro se trepase a la máquina y le agregase peso. Preparó la segunda granada.

¡BRUUUUM! ¡RUUM! ¡Uumm! Uum... Uumm... El sonido resonó con un eco surrealista que subía y bajaba por el cañón.

Pearly miró hacia atrás. *Esto no es bueno.* La explosión no los había afectado tanto esta vez, y algunos simplemente habían trepado por los costados del cañón y habían continuado a toda marcha. De todas formas, aún tenía un poco más de respiro.

Pearly observó los datos telemétricos. Maldición. Todavía faltaba mucho y ya había usado la segunda sorpresa. *Si sobrevivo a esto, voy a pedir que me declaren campeón vitalicio de la carrera de obstáculos.*

Había anulado el confortrolador para ahorrar energía después de armar ese parche eléctrico, y ahora hacía tanto calor adentro como afuera, aunque adentro había demasiada humedad. *Carajo, si sobrevivo a esto voy a asignar todo un escuadrón táctico para desarrollar una fibra que absorba mejor la transpiración.*

Otro zerguezno se acercó, y Pearly logró atravesarlo con la perforadora pero no antes de que el bicho destruyese el circuito de control de todo el brazo derecho de su máquina.

Pearly ya estaba cerca. Al dar vuelta una curva, lo vio: el tiro final, colina abajo, que marcaría el final del juego. ¡Iba a lograrlo!

En ese momento, el primer zerguezno golpeó la parte trasera de su máquina. Pearly lo maldijo y se inclinó tambaleante para aplastarlo contra las paredes del desfiladero. Pero eso aminoró su marcha, y no tuvo en cuenta a los zergueznos que habían trepado por las

paredes verticales de los costados. Apenas había avanzado un poco más cuando otro bicho le saltó encima.

Y luego otro.

Y otro más.

La máquina tembló, y Pearly logró arremeter con el brazo restante de su T-280 y destruir a uno de esos malditos, pero rápidamente fue reemplazado por un cuarto zerguezno. Las extremidades curvas de los bichos comenzaron a perforar el aceroplástico de su ventanilla. Los servos crujieron con un gemido, y su impulso se redujo drásticamente. Podía ver la meta unos metros más adelante, pero era imposible. Era imposible llegar.

El resto de la horda estaría sobre él en cuestión de segundos. No podía usar el parche eléctrico otra vez porque quedaría paralizado contra el suelo como una piedra. Y tampoco había suficiente combustible para usar los propulsores.

Las grietas comenzaron a expandirse en la ventanilla.

Una única oportunidad. Una locura. Pero tenía que llevarlos hasta la pinza.

¡CLINK! Una garra de zerguezno atravesó el aceroplástico, y Pearly sintió un dolor ardiente cuando se le clavó en el hombro. Lanzó un grito y apretó los dientes.

¡Ahora o nunca!

Presionó el control con el otro brazo...

... Y el mundo se fundió en un destello blanco cuando la última granada de conmoción, que todavía estaba atada a la parte de atrás de su máquina, detonaba con una enorme explosión.

Dolor.

Dolor en su hombro.

No había muerto.

Pearly abrió los ojos. La explosión había lanzado su máquina casi al extremo del cañón. El dolor en el hombro era por la garra del zerguezo que aún tenía clavada. Ahora, era lo único que quedaba del bicho.

Miró por la ventanilla destruida.

Toda la horda zerg avanzaba *a raudales* a través de la pinza y se dirigía...

Hacia mí.

Pearly volvió a maldecir su suerte y se abalanzó sobre los controles. El T-280 era una ruina. Todos los motivadores de una pata estaban destruidos. No importaba. Aún tenía la otra pata y un brazo, y logró que la cosa se enderezase. Se dio cuenta de que Choosey y todas las demás voces de la unidad le gritaban por el intercomunicador "¡Mueve el culo de ahí!". Y eso hizo.

La máquina se tambaleó, se arrastró y trastabilló como un borracho, y de alguna manera (*increíblemente*) logró salir de ahí, se acercó a la pared de la que colgaba la cadena de remolque de Choosey, y trabó la tenaza en un extremo. Pearly sintió el tirón en el MIRD cuando Choosey y Griffud comenzaron a elevar lo que quedaba de su máquina.

En ese instante oyó el sonido, igual a un tren de carga a toda marcha lleno de insectos que golpeaba contra el estribo de un puente. Y vio a cientos de zergueznos apilados en el fondo del cañón, justo a sus pies.

Se golpeaban (*¡cómo se golpeaban!*) contra la pared, que había sido recortada con el ángulo necesario. "Un zerguezno puede trepar por una superficie casi vertical", había dicho Warner. "Casi".

Y zumbaban (*¡cómo zumbaban!*) mientras Choosey giraba un interruptor y activaba las cargas de demolición colocadas con exactitud en las paredes del desfiladero, para que la pinza desapareciera con un seco *¡Bang!* bajo una nube de polvo. "Pan comido", había dicho Choosey.

Y luego, los zergueznos comenzaron a morir.

Murieron cuando los pisos de piedra delicadamente triturados se abrieron debajo de sus pies y los hicieron caer a las canteras llenas de espinas fabricadas con unos pocos metros de conductos.

Murieron cuando columnas de roca cayeron con fuerza y gracia, y arrastraron a los bichos, por rampas perfectamente construidas, a un mar de pasta pegajosa.

Murieron en trampas de arena, hoyos profundos, cepos y aludes. Y cuando solo quedaban unos pocos, esos últimos murieron con sus cabezas aplastadas por las tenazas de una sólida falange formada por quince viejos hambrientos, cansados y con muy mal humor. Pearly los dejó hacer a su gusto y placer. Se lo habían ganado.

El teniente Hathaway se puso nervioso mientras la nave de evacuación atravesaba la atmósfera delgada y seca de Gurdlac. No era por la carga que venían a buscar. En su corta

carrera, Hathaway había conocido mundos mucho más hostiles que este. Se había enfrentado a las fauces de un corruptor enfurecido y había apretado el gatillo de su rifle gauss para salvar a varios soldados. Así se había ganado sus medallas.

Sin embargo, cada vez que tenía que tratar con los VeCeÉs siempre terminaba sintiéndose como un niño al que sorprenden jugando con las herramientas su papá. Deseó haber sido asignado a otra misión, pero no había caso: cuando Jim Raynor pedía algo, se hacía.

La nave aterrizó sin inconvenientes, y Hathaway bajó para examinar la excavación. Parpadeó con asombro. Había VeCeÉs por todos lados: algunos estaban sentados sobre cajas y jugaban a las cartas, y otros estaban reclinados sobre las cabinas abiertas de los T-280 con sus cascos sobre los ojos, durmiendo una siesta.

Pero no era eso lo que había asombrado a Hathaway. Todo el campamento estaba rodeado por cráneos de zergueznos clavados en estacas. Algunos aplastados, otros resquebrajados, y otros rearmados desprolijamente con adhesivo para construcción. Hathaway contempló los cráneos, las marcas de garras en las estructuras recientemente construidas, los T-280 reparados precariamente con pedazos y restos de chatarra, y el compartimiento de ese motivador... ¿Acaso tenía un parche hecho con una lata de cerveza?

—Tardaron bastante, compañero.

El hombre que le habló era "Choosey" Wsoro, según sabía Hathaway por el informe de la misión. Hathaway no atinó a responderle, simplemente se quedó mirándolo. Choosey esperó su respuesta, luego miró alrededor y soltó una risita.

—Ah, sí, eso. Tuvimos un problemita con algunos zerg.

Hathaway quiso balbucear unas palabras. Abrió la boca para hablar. La cerró. Volvió a abrirla, y la cerró otra vez. Lo intentó dos veces más. Finalmente, lo logró:

¿Cómo...? Es decir... Tuvieron suerte... Digo.... ¿Pu... Pudieron extraer las... eh... las cuatrocientas cargas que los mandaron a buscar?

Choosey se rió.

—Por supuesto que no, muchacho.

Hathaway lanzó un tímido quejido. Raynor no...

—Sacamos ochocientas cargas.

Al lado de él, Pearly sonrió.

Jim Raynor respondió al oír los golpes en su puerta.

—Adelante.

Pearly entró y encontró a Raynor mirando sombríamente un informe táctico.

—Hola, Pearly. ¿Cómo está tu brazo?

Pearly dejó su caja de herramientas cerca de la puerta y avanzó.

—Casi como nuevo. Rory está decepcionado. Me parece que tenía la ilusión de escribir juntos un digitomo de ingeniería para mancos —bromeó.

Raynor sonrió.

—Mala suerte. Podrían haberse hecho famosos y salir de gira.

—Ya tuve demasiadas giras, comandante.

—Sí, yo también. ¿Qué tienes en mente, Pearly?

Pearly respiró profundamente y se preparó para articular unas pocas palabras. Unas cuantas, si se inspiraba.

—El Cuerpo de Ingeniería Especial de VeCeÉs tiene un rendimiento siete veces mayor al de una unidad equivalente del Dominio.

—Ocho —respondió Raynor—. Tengo cifras... actualizadas.

Pearly sonrió con cierto remordimiento.

—Sí. Me imagino que nos hicimos muy amigos del Príncipe Valerian mientras estuvimos en esa roca.

Raynor resopló.

—Sí. Tuve que hacer algunas llamadas. ¡Pero esta lucha en la que estamos metidos ahora está dando un vuelco a nuestro favor! Así que si viniste a...

—No. Para alcanzar la paz tenemos que ser prácticos y realistas. Hay algunas ventajas claras en esta alianza. Y es un ingeniero el que lo dice. Confiamos en ti.

—Te lo agradezco...

Pearly siguió hablando.

—Sin embargo, esas cifras... Ocho veces lo que hace una unidad del Dominio. Nosotros somos los que logramos eso. Te damos un camino, un puente o una edificación en el lugar que quieras, y podemos hacerlo porque somos hombres grandes, Jim. No somos esos jovencitos ansiosos que andan volándose unos a otros por todo el sector. Somos hombres con familias.

—Pearly, nadie es...

—No terminé. Si logramos esas cifras, es porque nos preocupamos por nuestras familias. Es mejor motivación que cualquier dosis de estimpack. Pero eso tiene un precio.

Pearly hizo una pausa y sacó una consola remota.

—Este es el cronograma de mantenimiento para las máquinas de mi jurisdicción. Es una lista detallada, e incluye los nombres de todos los hombres que están bajo mi mando. Ellos también necesitan mantenimiento. Es un cronograma rotativo. Y se ajusta al plan de navegación que presentaste para el puente. Nunca habrá más de cuatro hombres fuera. Puedes firmarlo...

Le extendió la consola a Raynor.

—O puedes buscar a otro que se haga cargo de la unidad.

Jim Raynor miró a Pearly con sus ojos cansados de vaquero. Estaba tranquilo. Se oyó un golpe contra la plataforma que venía de algún lugar de la nave por encima de ellos.

Después de una larga pausa, Raynor tomó la consola.

—Está bien.

Pearly lo miró a los ojos.

—Está bien.

Pearly se dio vuelta para irse, pero Raynor agregó:

—Hay algo...

—¿Qué pasa, Jim?

—¿Recuerdas el vehículo para fabricar puentes en el que estuvieron trabajando? Quizás tenga una misión para que haga su debut.

Pearly asintió con la cabeza.

—¿Qué te parecería construir un campamento pequeño y discreto... en Carbonis?

Sin darse vuelta, Pearly sonrió y tomó su caja de herramientas.

Fin